

VEJEZ Y CONVIVENCIA GENERACIONAL*

I.-SOCIEDAD PATRIARCAL

El prestigio social del anciano varía desde el Patriarcado hasta Sociedades en que hacían subir a los viejos, cada año, a la copa de una palmera para cimbrarla los jóvenes después. Si el anciano no conservaba suficiente vigor para agarrarse a la vida, se estrellaba contra el suelo.

O sociedades que permitían al hombre tener tantas compañeras como pudiese mantener. Cuando claudicaba en sus obligaciones conyugales, le condenaban a poner fin a una vida ya en decadencia.

Los jóvenes —con toda la vida por delante— tienen prisa en devorar canibalísticamente a sus viejos. Quieren todo y ahora. Es el Destino de **Edipo**: retar al padre y poseer a la madre.



Patriarca (de *patriá*, descendencia, familia; y *argo*, mandar) es el cabeza o padre de una estirpe entendiendo por estirpe, la raíz y tronco de una familia o linaje.

El Patriarcado se impone cuando el hombre valora la experiencia como patrimonio exclusivo de los viejos sin que la vida cambie apenas de generación a generación.

Podríamos afirmar que el argumento del Antiguo Testamento es la vida patriarcal: **Abraham, Isaac, Jacob** y tantos otros.

En estas culturas el hombre adquiriría su plenitud al llegar a Patriarca. En palabras de **Williams James**: *“En su más amplio sentido, el hombre mismo es la suma de todo lo que él llama suyo, no sólo su cuerpo y sus potencias psíquicas, sino sus vestidos y su casa, su mujer y sus hijos, sus antepasados y sus amigos, su reputación y sus trabajos, su tierra y sus caballos, su yate y su cuenta corriente”*.

Hoy, por el contrario, al despojarle con los años de su trabajo, de sus consejos, de su sabiduría, le despersonalizamos. La rebeldía juvenil se ha constituido en el más fabuloso y universal “grupo de presión” que haya conocido la Historia.

Ante el empuje juvenil, el hombre maduro se pregunta —cada vez con mayor prontitud— si no será ya demasiado tarde para emprender una nueva misión. En cuanto se plantea este dilema, cualquiera que sea su edad, es ya viejo.

II. EL SENADO

El buen sentido de los viejos, al margen de pasiones arrolladoras, hizo que algunos pueblos creasen el Consejo de Ancianos o Senado, para asesorar al Gobierno.

Senado, señor, senectud y senil tienen la misma etimología: vejez respetada.

En la antigua Roma aparece ya un Consejo supremo, formado por 300 altos funcionarios jubilados por la edad (senadores), para dirigir la política exterior, ratificar las decisiones de los comicios y fiscalizar la administración. Esta Cámara sirvió de modelo a todos los Senados posteriores.

También en el orden animal, son los animales más viejos los que ad-

vierten de los peligros a los más jóvenes que empiezan a vivir.

Pero la juventud de hoy valora la audacia y desprecia la prudencia. No ignora que carece de experiencia pero sabe que también carece de cansancio, prejuicios, desilusiones.

¿Llegará un día en que suprimirán el voto de los hombres mayores de 65 años como una faceta más de la jubilación? Me temo que sí.

Soplan vientos revolucionarios que han demostrado su fecundidad. Nuevos vientos, barriendo antiguas estructuras...

Se identifica, de una manera muy simple, la revolución con la juventud; y las viejas estructuras, con la vejez olvidando la extrema edad de los líderes revolucionarios de nuestros días: **Juan XXIII, Ho-Chi-Minh, Mao Tse-Tung, Pablo VI**. Todos ellos alcanzaron su plenitud revolucionaria en la vejez.

La vejez es un sentimiento vital que no viene dado por los años que hemos cumplido, sino por los pocos que uno intuye que le quedan para llevar a cabo nuevas gestas.

Una parte de la juventud actual es vieja, tremendamente vieja, decrepita. Yo no concibo una juventud sin fe en sí misma, sin esperanza en el esfuerzo, sin caridad (cariño quiero decir) con sus mayores desvalidos.

Cuando el Rey **David** se sintió viejo, buscaron como remedio a una doncella joven y bella que le rejuveneciese con su aliento, porque nada rejuvenece tanto a los mayores como el “aliento” de los jóvenes, cuando éstos lo son de verdad. **Calvo Melendro** ha propuesto el nombre de Sunamitismo (en honor de **Sunamita**, la doncella que cuidó al Rey **David**) a la necesidad de ampliar las relaciones sociales de los ancianos en sentido vertical, generacional y no exclusivamente en el horizontal.

¿Será casual que el destino de los países más comprometidos política-

* Creemos interesante reproducir este artículo de **Santiago Martínez Fornés**, publicado en la revista **ARBOR** en 1972 por su “actualidad” 34 años después. En él parece observarse un espíritu premonitor que cobra realidad con el paso del tiempo (Nota de la Dirección)

mente esté (o haya estado recientemente) en manos de hombres con edad muy avanzada? Muchos de ellos, enfermos y en el límite de su resistencia física y moral. Fenómeno que podemos observar tanto en el bloque occidental (**Roosevelt, Eisenhower, Adenauer, De Gaulle,...**), como en los países comunistas (**Ho-Chi-Min, Mao Tse-Tung, Tito,...**).

Parece que los ciudadanos, temerosos de su gran poder, buscasen en la ponderación y buen juicio de viejos y enfermos una moderación a sus impulsos. Aunque sea al precio de la dificultad de sus líderes para aprender y aceptar nuevas ideas. *"Al llegar a viejo (son palabras de G. Flaubert), las costumbres se convierten en tiranías"*.

El mundo no debe ser regido ni por lo viejos ni por los jóvenes sino por los mejores de unos y otros cualquiera que sea su edad. No tanto por hombres de valor, sino de valer.

Los animales dotados por la Naturaleza con armas ofensivas muy eficaces (como el toro, tigre o león) dejan de atacar cuando un contrincante de la misma especie, vencido ya, adopta una actitud de rendición.

Estas actitudes suponen la adopción, por el animal derrotado, de una postura que precisamente ofrece al vencedor las partes más vulnerables de su organismo. Lo sorprendente es que tal actitud inhibe al animal vencedor, evitando así el exterminio de la especie y favoreciendo, en cambio, una jerarquización de los animales dentro del grupo. Son los animales inermes los que carecen de estas inhibiciones por sumisión del vencido.

El hombre (el más inerte natural de los animales) no ha desarrollado hasta nuestros días estos reflejos inhibidores acaso, por ser reciente la adquisición de sus armas, capaces hoy de amenazar la vida de nuestro Planeta. Ante tal amenaza, la pregunta más dramática del hombre actual no es sobre el origen de la vida, sino *"saber —como se plantea Pedro Ro-camora— si la vida apareció ya una o varias veces"*.

III. MISONEÍSMO DEL VIEJO

Pocas notas definen la vejez como el misoneísmo: aversión a las noveda-

des. Realmente, se es viejo, cualquiera que sea la edad, cuando cuenta más el pasado que el futuro.

Esta incompreensión para lo nuevo exaspera a los jóvenes, incapaces, a su vez, de comprender el peso de la tradición en los viejos.

Cabe preguntarse, ¿siguen los viejos en el poder político porque se niegan a abandonarlo?, o, por el contrario, ¿ocupan los puestos que la indolencia política de los jóvenes deja en sus manos?

En todo caso, nos toca vivir tiempos difíciles en los que tenemos conciencia todos, por vez primera en la Historia, de que los más de los valores vigentes son convencionales y trasnochados. De aquí, nuestra incertidumbre y angustia.

Los viejos (más poderosos e influyentes que los jóvenes) crearon una moral puritana para defender a ultranza sus copiosos bienes materiales y la plena posesión de sus mujeres, más juveniles y libres que ellos.

Con más temores que esperanzas, el anciano vive un mundo circundante muy distinto al del joven. Vive cualquier cambio como una peligrosa revolución. Su inercia parece aconsejarle a diario: *"Las cosas no debieran nunca ser hechas por primera vez"*.

Muchos viejos valoran excesivamente su experiencia de la vida y se sienten depositarios exclusivos de la ortodoxia: son los pretorianos del pasado y, sin apenas darse cuenta, convierten el mando en tiranía, si el poder no se les escapa de las manos.

"La tiranía (leemos en La Orestíada) es un camino sin final ni esperanza".

Todo esto pugna violentamente con una juventud que ve en la tolerancia que no nos obliga nunca a mentir, ni a luchar, la forma más elevada de convivencia; y vive la experiencia sin imaginación, como un lastre.

Hay que reconocer que tal pugna tiene un cierto sentido. *"Es preciso que los jóvenes sean injustos con los hombres maduros. Si fueran justos, les imitarían y el mundo no progresaría"*, según **André Maurois**.

El pasado es la única plataforma para saltar hacia el futuro. Y, como

toda plataforma, su hermoso destino es ser pisada.

IV. DESDE SEMMELWEIS, UN MUNDO DE VIUDAS

Los progresos incesantes de la Medicina derivan en cambios revolucionarios en la población del mundo: no sólo en cuanto al número de habitantes, que el término *"explosión demográfica"* define exactamente. También en cuanto a su distribución por edades: caminamos hacia un mundo de viejos que, a su vez, siente poco interés por ellos. Ha alterado, además, la relación numérica entre los dos sexos.

La indiscutible superioridad biológica de la mujer quedaba latente por su tributo masivo a la fiebre puerperal. Infección originada durante el parto y manifestada inmediatamente después, que convertía el alumbramiento en un paso de las Termópilas donde caía la esposa en uno u otro de sus partos.

Un mundo de viudos hasta que surge la figura de **Ignacio-Felipe Semmelweis**, ginecólogo húngaro, nació segundón en 1818.

Cuando **Semmelweis** es destinado al pabellón de Ginecología del profesor **Klin**, en el Hospital General de Viena, fallecía una madre por cada tres partos. Tanto que, al final, sólo llegaban allí madres desamparadas. Quiero decir, solteras.

"La muerte se deslizaba entre las dos grandes alegrías de la existencia, la de ser joven y la de dar la vida".

Su amigo **Kolletchka**, profesor de Anatomía, falleció a consecuencia de una pequeña herida que se produjo realizando una autopsia. Murió (como moriría años después el propio Semmelweis) con un cuadro clínico muy similar al de la fiebre puerperal. Tanto, que el ginecólogo húngaro los identificó.

Allí estaba la clave de la mortalidad tan alta en el Servicio de **Klin**. *"Los dedos de los estudiantes, contaminados en las disecciones cadavéricas —en palabras de Semmelweis— son los que transmiten las fatales partículas cadavéricas a los genitales de las mujeres gestantes, durante su intervención obstétrica"*.

Al suprimir la fiebre puerperal como causa más frecuente de mortalidad femenina, surge pujante la mayor fortaleza biológica de la mujer.

La supervivencia femenina sobre el hombre oscila entre cinco y diez años, en los distintos países. Si añadimos que el marido supera en edad a la esposa, queda bien claro que pasamos de un mundo de viudos a un mundo de viudas, sin contar con las guerras que contribuyen más aún al desequilibrio actual.

La importancia que tiene en la educación de los hijos un hogar sin padre, la supervivencia de la abuela sobre el abuelo y la acumulación del capital y de los votos electorales en manos femeninas, no son, en estos momentos, objeto de análisis.

V. EL PADRE, GRAN AUSENTE DEL HOGAR

Por déficit de viviendas, en las grandes urbes conviven frecuentemente tres generaciones: abuelos, padres e hijos.

Mientras los padres trabajan fuera de casa —es decir, casi todo el día— son los abuelos quienes cuidan de los niños.

El padre es —en nuestros afanosos días— el gran ausente del hogar. Para sus hijos pequeños. Como un Dios omnipotente, invisible y mudo.

Aunque ausente, el padre está ahí, a través de la imagen que la madre sugiere a los hijos.

No es raro oír a un niño: *“Papá, ¿por qué me has comprado este juguete si nunca juegas conmigo?”*.

No puede, por tanto, identificarse el hijo con su padre. Al fracasar la identificación —la identificación es el núcleo del cariño, educación y parecido espiritual con el padre— todo lo mueve el otro polo, representado por la hostilidad: primer capítulo de la rebeldía juvenil.

Difícilmente podrá el nieto identificarse con el abuelo por el escaso prestigio que se reconoce a los viejos.

Sería fascinante estudiar las relaciones que tuvieron los grandes revolucionarios —casi siempre segundos—, como **Santa Teresa, Lenin, Freud, Bolívar**— con sus abuelos. Ta-

les relaciones fueron hostiles o no existieron.

La presencia del abuelo contribuye al arraigo de la familia y llena de ternura el hogar. Sería ideal que los abuelos viviesen en otro apartamento de la misma casa. Es difícil la convivencia de tres generaciones en un piso reducido como los actuales.

Son mejores las relaciones abuelo-nieto que padre-hijo. El hijo suele erigirse en fiscal implacable de su padre y defensor de su abuelo.

El nieto aprenderá con su abuelo a respetar cariñosamente un mundo tradicional con el que, naturalmente, no está de acuerdo.

El respeto es (para mí) la forma sublime de amar al prójimo.

La familia española delega todavía una gran parte de su autoridad en el padre. En esta delegación de poderes —y no competencia de poderes— es fundamental la aptitud y actitud de la esposa.

En nuestros días, el padre dimite de su puesto rector. Unas veces, por comodidad. Otras, por temor a reprimir tendencias que podrían más tarde convertirse en factores neurotizantes. O por haber perdido la confianza en sí mismo. Es la crisis del “dirigismo” en la familia, en la Sociedad, en el Estado.

Si el padre se desprende de su autoridad, ¿cómo podría continuar su patriarcado el abuelo?

Los abuelos nunca cometen el error —tan frecuente en los padres— de forjar patrones negativos a los que el niño irá poco a poco condicionando su futuro. Como cuando le repiten: *“Si no cambias de carácter, nunca tendrás amigos, ni llegarás a nada”*.

La abuela, en el hogar compartido, lleva la peor parte. Es abuela, madre, niñera y criada de todos. Como la salud, nadie la valora hasta que desaparece. Aprendemos, entonces, que hemos perdido mucho más de lo que poseíamos.

VI. VIVENCIA GENERACIONAL

Porque la vida media se ha triplicado en poco más de un siglo y la natalidad disminuye de modo incesante, caminamos hacia un mundo de viejos.

Para conservar un cierto equilibrio generacional en las democracias, es obligado rebajar la edad de los ciudadanos con derecho a voto, como acaba de ocurrir en Estados Unidos.

Pero ¿deseamos realmente que los viejos continúen viviendo? En otras palabras, ¿qué hacemos para que los viejos disfruten de esos veinte años que les regala la Medicina? Veinte años añadidos a la vida y no menos vida añadida a los años.

Cuando los jóvenes declaran viejo a alguien (y para ciertos grupos de vanguardia a los cuarenta años se *está quemado*) ¿no le están ya jubilando psicológicamente? El mismo escalafón ¿no se habrá convertido en una sala de espera donde los jóvenes aguardan impacientes el abandono de quienes les preceden?

Cuando nos escandalizamos con las pasiones amorosas de los viejos, ¿no estamos ya deshumanizándolos?

Nos hemos subido todos al carro triunfal de la juventud. Esa juventud irritada por la lentitud con que corre la antorcha y que exige nuevos relevos, acortando suicidamente los tramos del camino.

Es curioso observar cómo, a lo largo de los siglos, el culto y representación pictórico-escultural de Dios-Padre se va sustituyendo por la de Dios-Hijo.

Me temo que jubilamos más a los viejos para contentar a los jóvenes que pensando en el merecido descanso de los mayores.

Si faltan puestos de trabajo, creémoslos sin recurrir al camino fácil de la jubilación obligatoria.

Se afirma que los viejos no son capaces de adaptarse a nuevos puestos de trabajo. La realidad es que no se les recibe con agrado y tampoco se les apoya.

Durante la II Guerra Mundial, las fábricas de los países beligerantes tuvieron que recurrir a antiguos obreros que llevaban ya varios años jubilados y desentrenados.

Pese a enfrentarse con tareas nuevas para ellos, las realizaron perfectamente. Porque la Sociedad les necesitaba y sonreía.

Hay que establecer una jubilación voluntaria y bien remunerada a partir de los 60 años, pero permitiendo a los trabajadores la continuidad en su trabajo si realmente lo desean y conservan capacidad física. Incluso, con jornadas laborales reducidas.

Cada edad tiene su tarea propia. Tarea a la que no puede asirse más tiempo del debido, ni renunciar. Es la única dimisión inadmisible.

Pero no debemos confundir generación con promoción. *“Generación —en concepto de Maraño— es el conjunto de hombres que han oído, a la vez, el eco de su destino histórico. Por tanto, la edad no influye estrictamente en el concepto de generación”.*

A los médicos no puede dejar de sorprendernos la alegre voluntad de vivir que tienen muchos viejos frente a la angustia existencial de tantos jóvenes derrotados. Derrotados con la peor de las derrotas: antes de combatir.

Frente a la concepción tradicional de la vida como un don maravilloso de Dios, los jóvenes de hoy vivencian la vida como Derecho. Se siente cada uno ombligo del mundo.

Los padres tienen una misión primordial: traerle a él al mundo y nutrirle aprisa hasta la pubertad. Llegada la pubertad, los padres carecen de importancia.

Entre nosotros, donde los puestos rectores son escasos en relación al gran número al gran número de candidatos, se ejerce una selección feroz.

Quien triunfa demuestra grandes dotes —más o menos nobles, pero muy eficaces— para no sucumbir. Y resiste hasta el paso y peso de los años.

El padre que se identifica con los hijos viviendo en ellos nuevas esperanzas y temores, tratando de realizar con ellos programas frustrados en su vida, siente la vida de sus hijos como una continuidad de la suya. Una sombra de inmortalidad, como lo son las propias células germinales. Un fuego que, a la vez que se consume, se propaga.

Asistirá sin amargura al relevo de la juventud.

VII. DEL HOGAR AL ASILO

En el medio rural y agrícola, el abuelo conserva la propiedad de las tierras hasta su muerte. Y con ellas, la autoridad patriarcal sobre toda la familia.

En la Sociedad mercantil-industrial a pequeña escala o familiar, jubilado el patrón, la autoridad pasa a los hijos de quienes dependerá económicamente.

No es excepcional que se actualicen antiguos conflictos, que parecían definitivamente superados. No todos los hijos superan felizmente la fase infantil del Complejo de Edipo y los reales o supuestos abusos de autoridad paterna.

Estas fuerzas ignoradas de venganza pueden surgir con el pretexto de proteger la salud del viejo. Como hacerle seguir por vida un régimen severo de alimentación aconsejado por unos trastornos ya superados. O, con el pretexto de una bronquitis catarral, suprimirle sus pocos cigarrillos, su puro y su copa de licor habitual.

No hay peor tiranía que la que, con el pretexto de protegernos, nos esclaviza. Entre la gente de bronce, “cubrir”, y “arropar” conservan claramente un sentido envilecedor.

Nos duele a los médicos la frecuencia con que se solidariza el clan filial para privar al viejo —especialmente si fue un padre autoritario— de toda iniciativa. Si el padre —viudo— decide contraer nuevo matrimonio, la incompreensión de los hijos es total.

No resulta raro ver a un hijo modelo —casi siempre, primogénito— llevar a su padre a la consulta de algún médico amigo, con solicitud extrema. En sus deseos de prolongarle la vida, se olvida de hacerle feliz los años que le queden, no tolerando sus pequeñas y deliciosas satisfacciones: café, cigarrillos, copa, tertulia, dulces. Para evitarle preocupaciones, le sustituye en la dirección de los negocios. Mientras tanto, el padre anciano (una vez que ganamos su confianza) nos elogia a otro hijo (muchas veces, la “oveja negra de la familia”), que le deja vivir en paz sus últimos años.

Desengañémonos: en la gran urbe no queda sitio para los viejos.

Les lleva al asilo más la soledad que la vejez porque la soledad rodeada de gentes y alboroto es mil veces peor que el asilo.

¿Por qué fallecen más del 50% de los viejos sanos admitidos en un asilo antes de cumplir los tres años de estancia?

El anciano se nutre de raíces clavadas en el pasado y no resiste fácilmente el trasplante.

Nuestros nietos tolerarán mejor el asilo en la vejez puesto que pasaron ya por la guardería infantil.

Nos comportamos, sin darnos cuenta, como aquellos animales que expulsan de su manada a los animales viejos. Les vamos arrancando una por una las razones de vivir, aunque les mejoremos algo los medios de vida.

Por fortuna, la mayor parte de las familias no son así. Siguen siendo, con su cariño filial, el mejor sostén psicológico del anciano. Sentirse alguien entre los suyos, le protegerá del terrible complejo de inutilidad que acecha a los viejos.

Los nietos verán en el abuelo los valores que los padres le reconozcan. Y, a su vez, se formarán el patrón de comportamiento posterior con sus padres cuando éstos lleguen a la senectud.

¿No estaremos reduciendo la vida a un paréntesis entre la guardería infantil y el asilo?

Nos explicamos ahora que las naciones con mayor red de asilos para ancianos sean las que padecen más feroz delincuencia juvenil.

El anciano ignorado vivencia su casa o asilo como una sala de espera. Precisamente en la senectud cuando los minutos de cada hora se alargan al mismo ritmo que disminuye la duración subjetiva de cada año.

No bastan los recuerdos para vivir del pasado. Porque, cuando alguien espera sin que nadie espere nada de él, ese alguien está ya muerto. ■